

**SOBRE EL SENTIDO HISTÓRICO Y LA NECESIDAD ACTUAL DE UNA HISTORIA DE “LO MARGINAL”. (\*)**

**ABOUT THE HISTORICAL SENSE AND THE PRESENT NECESSITY OF A “MARGINAL HISTORY”.**

**Juan Carlos DOMÍNGUEZ PÉREZ.**

**C/ Cardenal Zapata 5-3º. 11004- CÁDIZ.**

**Correo electrónico: jcarlosdp@inicia.es**

**Resumen.**

En la actualidad aún podemos encontrar una jerarquía de valores a la hora de proceder a la valoración de los temas objeto del análisis histórico. Fruto de ello, ha aparecido en los últimos años una gran cantidad de monografías que centran sus estudios en temas considerados hasta ahora como poco relevantes para la historia. En este trabajo se ofrecen algunas claves para valorar en su justa medida este tipo de temas, sobre su sentido plenamente histórico y sobre lo necesario que resulta esta aportación para reconstruir totalmente la sociedad de cada época.

**Palabras Clave:** Historicismo, historiografía, historia de lo marginal, ortodoxia, exclusión, herejía, desnaturalizado, asimilación, deconstrucción, reconstrucción, heterodoxia.

**Abstract.**

At the present we still can find a hierarchy of values in the moment to proceed for the appreciation of the themes which are object of historical analysis. As a fruit of it, in recent years an amount of monographs has appeared that focus their studies in themes considered until today as “not outstanding” for history. In this paper we offer some keys to value at its real extent this kind of themes, about its fully historical sense and about how necessary this contribution is to rebuild wholly the society at any time.

(\*) Fecha de recepción del artículo: 20-febrero-1999. Fecha de aceptación del artículo: 30-octubre-2000.

De ahí que, frente a una mal entendida *invasión* del campo histórico por las ciencias sociales, surjan voces que reivindican que la Historia que viene o será Historia para el compromiso social o no será Historia (Barros, 1995). Es precisamente el triunfo indiscutido del capitalismo liberal más homogeneizante lo que concede a la nueva historia un papel fundamental en el replanteamiento de su función social y en la recuperación de todo cuanto ha quedado implacablemente apartado de la línea oficial y abandonado en los depósitos morrénicos de la conciencia social como elementos discordantes y ásperos, de reciclaje imposible y nada recomendable integración final.

## 2. Justificación histórica.

Pero, **¿en qué consiste la historia de los marginados?** ¿Cómo nace y por qué mecanismos se reproduce secularmente? Bajo esa denominación se engloba hoy día un conjunto de temas que por su singularidad temática y su carga presuntamente atentatoria contra el orden y la ortodoxia social no han formado parte del relato histórico tal como éste ha sido transmitido por las distintas orientaciones historiográficas. Ni que decir tiene que, como afirmaba Finley (Finley, 1977), el uso de estos conceptos y etiquetas clasificatorias es tan insatisfactorio que sólo contribuye a hacer la confusión más profunda. No obstante, existe un referente en la conciencia del historiador que permite identificarlos con **aquellos colectivos cuya entidad socio-cultural ha sido borrada de las distintas formas de transmisión histórica por otro colectivo mayor y/o más sólido que ha pretendido con ello evitar cualquier riesgo de cuestionamiento o fragmentación de las bases ideológicas de su estructura social**. En este tipo de sociedades con modelos de comportamiento fuertemente ideologizados, no obstante, siempre han existido varios sistemas de representaciones en concurrencia, cuyas oposiciones responden a la existencia de varios niveles o planos de la cultura que el sistema predominante pretende obviar en todo momento (Duby, 1978). Por ello se entiende que estas sociedades se forman por medio de *exclusiones* que sirven para afirmar la cohesión de los grupos mayoritarios. Ese sentido tenía, por ejemplo, en el mundo antiguo la exclusión del extranjero de los derechos básicos de la ciudadanía en un intento por evitar que su efecto alterara las bases demográficas, socio-económicas e ideológicas sobre las que se sostenía su estructura global (Geremek, 1993).

Pero no hay que olvidar que por sus propios rasgos las ideologías condicionan la imagen social. En efecto, como sistemas globalizantes marginan -ya lo hemos dicho- otras formas paralelas de comprensión y expresión, mientras que, como elementos vivos de las sociedades a las que pertenecen, no sólo reflejan de una manera u otra (aunque sea como subcultura) los demás sistemas ideológicos concurrentes, sino que, además, y precisamente por este enfrentamiento permanente, mueven a la acción, materializada en los

distintos conflictos de interés propios de estos grupos heterogéneos. Finalmente y en defensa de la continuidad del orden social establecido con su propia jerarquía de valores, su carácter estabilizador legitima cualquier acción social en contra de *las fuerzas de la revolución*. Esta ha sido la proclama más utilizada por los grupos conservadores desde la Antigüedad greco-latina hasta nuestros días. Cualquier elemento que se ha pretendido salir del camino oficial ha sido inmediatamente catalogado de revolucionario o de demócrata, sinónimos de subversivos y de peligrosos para la nación, con el fin de que el sustrato ideológico colectivo aplicara su sanción moral y lo aplastara como herejía social<sup>1</sup>.

### 3. Identificación y método.

Ahora bien, **¿cómo puede el historiador actual acceder a los testimonios de esa marginalidad?** ¿Cómo podemos oír la voz de aquellos que en su propio momento histórico no la tuvieron? Es cierto que de la mayoría de estos sistemas ideológicos marginales del pasado *"no subsisten más que huellas fugitivas, alteradas, vaporosas... Se entiende, las de los medios sociales que no tuvieron acceso por sí mismos a instrumentos culturales capaces de traducir en formas duraderas una visión del mundo..."* Pero de las representaciones ideológicas que nos ha llegado de cada época forma parte, inseparablemente de su imagen simplificada de la realidad, esa otra historia plagada de tensiones y de categorías sociales *no homologadas*, de desigualdades, de recubrimientos. Estas omisiones son un elemento fundamental de su discurso ideológico (Duby, 1978). De ahí que para establecer los fundamentos de su estudio sea necesario *"... interpretar ausencias, más que documentar presencias..."* (Hernández Sandoica, 1995)

Según el punto de referencia que establezcamos siempre descubriremos una historia marginal de la que casi no nos ha llegado testimonio alguno. Si concentramos nuestros esfuerzos en la estructura social, la orientación prioritaria del modelo historiográfico del siglo XX, descubriremos los silencios sospechosos sobre la historia de la mujer, la de los esclavos o la de los pobres; y, si volvemos hacia afuera el mismo criterio social, llegaremos a la de los pueblos vencidos o sometidos, pero no integrados, los gitanos, los moriscos, los judíos, los extranjeros o los exiliados, los desposeídos de su condición social legitimadora dentro del marco ideológico predominante, los *desnaturalizados*.

### 4. Formas tradicionales de marginación histórica y nuevas formas de marginación historiográfica.

Al fin y al cabo esta es la fuerza del poder en la Historia, la de posibilitar la asimilación respetando parte del código socio-cultural de los vencidos o la de proceder a la aculturación a través de la imposición del modelo de civilización propio. El primer caso permite la difícil supervivencia de los elementos genuinos

de los vencidos. Este es el caso de Grecia, cuya superioridad cultural, reconocida incluso por los romanos, le permitió *civilizar* a los vencedores. En cambio, por el fenómeno de la aculturación, la implantación de la jerarquía ideológica foránea implica la eliminación 'total' de cualquier vestigio de singularidad y con el nuevo modelo de civilización también viene un nuevo modelo de comprensión y de juicio histórico. O, lo que es lo mismo, con la aculturación viene la pérdida de identidad y, en consecuencia, el abandono de lo históricamente propio y el comienzo de una *nueva historia*, el olvido de unas marginaciones específicas y la aparición de unas nuevas marginaciones estructurales. A la aculturación se llega sólo a través de la deconstrucción (Wachtel, 1978).

Este es el caso de Cartago -en general de todo lo fenopúnico-, civilización que han tenido que sobreponerse con dificultad primero durante todo el siglo III AC a la actitud que por parte del senado romano convirtió a la ciudad comercial en culpable de todas las guerras acontecidas entre ambas potencias hasta entonces en su mutua disputa por la hegemonía en el Mediterráneo occidental; más tarde, cuando ya Escipión Emiliano, nieto adoptivo del vencedor de Aníbal, había reducido a las cenizas la ciudad y su memoria escrita y había saciado la última voluntad de Catón de convertir en maldito el suelo de la ciudad, Cartago volvió a ser arrasada, pero esta vez no por el fuego, sino por parte de la historiografía pro-romana que la convertía a los ojos de la historia no sólo en culpable de los hechos acontecidos, sino también en merecedora de ello<sup>2</sup>. Esa fue la destrucción definitiva. Ningún fuego quema más que la calumnia, la prevaricación y la barbarie cuando son impuestos de cara a la posteridad por el peso de las armas. Y los romanos aprendieron muy pronto a dedicar la misma atención a vencer al enemigo que a convencer a la Historia.

Pero eso no fue lo peor. A la maldición de Catón siguió la maldición de Mommsen. Por si los romanos no habían visto definitivamente saldadas sus cuentas con la Historia, la historiografía historicista, neoclásica y nacionalista del XIX sancionaba el discurso del *bellum iustum*. Por si Cicerón no se había bastado para sentenciar el debate y las responsabilidades de cada parte, Mommsen y los del imperialismo involuntario justificaban la necesidad que tienen los *pueblos superiores* de "alcanzar sus fronteras naturales". Siguiendo sus -por otra parte- doctas páginas de la Historia de Roma, uno puede llegar a confundirse y preguntarse al final si quien escribía con tanta pasión sobre el *derecho de conquista* romano lo hacía pensando en Roma o más bien en Prusia. La pluma al servicio de la espada, nuevamente, como si en una reunión de madrugada, historiadores de todas las épocas -Polibio, Livio, De Francisci, Altheim, sentados a la misma mesa y mirando con frialdad el mapa del campo de batalla, hubieran vuelto a dar la misma orden -ya rendidas las defensas y desarmadas-: "*Carthago delenda est*".

## 5. Posibilidades reales de la reconstrucción.

Ahora bien, ¿es posible la reconstrucción? ¿Se puede recuperar lo perdido en la memoria de nuestra propia historia? Sí, pero sólo desde nuestras posiciones actuales, sólo desde convicciones asumidas -en teoría libremente- como propias y desde prejuicios sociales y culturales que forman parte del *currículum oculto* de nuestro tiempo. El historiador de hoy tampoco puede -o no suele- eludir *el guión escrito* por las preocupaciones de sus coetáneos. Como individuo inmerso en las coordenadas culturales de finales del siglo XX responde uniformemente a las preguntas que demanda su propia cultura social. Busca las causas de un acontecimiento, distingue los pretextos, identifica los protagonistas y analiza sus intereses. Como buen hijo del siglo XIX pendula entre convicciones racionalistas y evidencias empírico-materialistas, pero su corazón siempre responde a la llamada de los pobres, de los pueblos sin historia y al derecho a ella de los desheredados. Al final siempre se identifica con lo que escribe porque sólo escribe sobre cuanto le entusiasma y si no se vuelve humanista, reivindicativo y pacifista tras las Guerras Mundiales es porque ya era romántico desde que luchó con su angustia existencial en las barricadas de la Revolución, o en el Mayo del 68, o en la Universidad Laboral -¡qué más da!- contra el despotismo y la represión.

Somos todos producto de nuestra época y llegamos a nuestro sujeto histórico, seleccionado según los criterios de *las nuevas líneas de investigación*, no por iniciativa personal, sino por demanda social y cultural. A pesar de lo que pueda parecer, desde mediados de siglo existe una reivindicación tan sólida de la historia económica y social, como de la historia de las minorías, las subculturas, los pueblos sin historia (Moniot, 1978) o los colectivos olvidados. Existe un verdadero culto a la heterodoxia que nace precisamente en contra de los propios fundamentos del liberalismo y de su cruenta categorización en el capitalismo industrial y financiero. Por medio de este culto lo que se reivindica realmente es la propia identidad del individuo, su especificidad inalienable en el discurso histórico a través de sus múltiples y variadas concreciones en todos los tiempos. Ese es el papel del historiador estudie lo que estudie: separar lo oficial de lo real, distinguir lo global de lo esencial. De ahí la importancia que tiene para la Historia establecer las restantes dimensiones espaciales que hasta hace muy poco permanecían ocultas tras el aspecto frontal y unidimensional de las realidades que son objeto de nuestro estudio. Para ello resulta fundamental utilizar nuevos métodos que no estén fundados en las fuentes tradicionales creando **una historia inédita de los márgenes o renovar el análisis de la historia del centro**. Porque cada vez que recurramos a las fuentes escritas para comprobar el grado de veracidad de las nuevas aportaciones difícilmente vamos a encontrar una respuesta adecuada a la pregunta que le hacemos. Yo aún no he conocido a ningún historiador que se exprese según las categorías culturales de otro tiempo.

## 6. Valor instrumental de “lo marginal”.

Otro concepto distinto es el **sentido** de esta historia marginal. No existe una marginación gratuita. Nadie inventa un sistema complejo de elaboración ideológica global por la pura gimnasia especulativa. Donde hay un marginado, donde confluyen códigos superpuestos jurídicos, económicos, de prestigio o de función, social o sexual, están chirriando las estructuras históricas, están produciéndose roces entre intereses, entre grupos más o menos homogéneos y se está larvando a través de su toma de conciencia la conflictividad social. Lo de menos es si el proceso estalla o no estalla, si las estructuras se reproducen con estas garantías ideológicas o al final el sistema entra en crisis por su incapacidad genética para reconstruirse sobre ¿otra nueva desigualdad? Lo verdaderamente importante para el historiador es que “...a través de los discursos y las prácticas de la marginalidad y la exclusión se manifiestan las transformaciones más fundamentales de las estructuras económicas, sociales e ideológicas...” (Schmitt, 1988). Tras un esclavo hay un sistema que vive de él; tras una sociedad patriarcal un mundo lleno de temores contra el poder de la mujer como fuerza generadora de la vitalidad demográfica social –madre de soldados, de ciudadanos, de cónsules, pero también de pobres, de desheredados, de otras mujeres capaces de engendrar más ciudadanos-; tras un enemigo una crítica al sistema, un riesgo de cambio, una amenaza activa o pasiva al establecimiento presente de los intereses - de clase, de etnia, de estado- institucionalizados.

## 7. Consideraciones finales.

Finalmente se impone una consideración tan obvia como sustancial para ajustar el discurso teórico a la realidad histórica. Ciertamente existen marginaciones de todo tipo en la historia. Y no sólo me refiero a las más referidas: económicas, sociales, políticas, militares, sexuales, étnicas, culturales. No menos marginaciones son las historiográficas, las geográficas, las temáticas, las generacionales, las laborales,.. Pero no existe –o no debería existir- una historia de ‘lo marginal’. La exclusión de los derechos de una comunidad, la restricción a sus privilegios, la negación al reconocimiento de la identidad de un individuo o una comunidad forman parte de un cúmulo de intereses políticos e ideológicos que sólo existen históricamente como garantes de la continuidad del orden pre-establecido, para el blindaje de los intereses de los privilegiados. Sólo desde esta óptica se debe entender una historia marginal. Bajo esta concepción, sólo se entiende una marginación cuando este interés necesita establecer un código de valores morales, cívicos, ideológicos, espirituales, ... que contribuye a la defensa de su preeminencia social desde parámetros no sospechosos para la propia ciudadanía. Este código de valores no sólo es continuamente refrendado públicamente por las distintas instituciones públicas y privadas al servicio del estado, además es asumido

por la propia ciudadanía que lo hace suyo, se beneficia de sus propios privilegios –siempre en una proporción irrisoria respecto a la clase privilegiadas- y lo reemite contra los segmentos inferiores, aquellos que en la escala social están peor considerados que ellos mismos. De esta manera, por deducción social, el modelo de acceso a los beneficios de la posición social se impone de manera inversamente proporcional al número real del colectivo. Siempre el número de los privilegiados es muy inferior al de los marginados mayores. El colectivo que impone sus condiciones de *naturalización social* siempre es mucho menos numeroso y por eso recurre sobre todo al peso de la ideología sobre la conciencia civil, a la educación pública –incluso sin sistema educativo- para evitar los desvíos en las conductas, al juicio inmediato y en la plaza, a la sanción contundente y efectiva.

Todo este proceso es verdaderamente incuestionable, pero la existencia de la marginación no legitima la historia de lo marginal. La historia es una. No existen –no deben existir- cuerpos accesorios, estructuras secundarias, elementos auxiliares al análisis histórico. Los juguetes con los que jugaba el hijo del panadero de Pompeya son tan históricos como la narración de Plinio de la famosa erupción volcánica. Los frescos encontrados en la llamada “Calle de la Abundancia” no lo son más que los insultos que se pueden encontrar en algunas paredes contra las liberalidades sexuales de una desconocida dama pompeyana. La marginación, además de ser una contracción malintencionada de la redistribución de la riqueza global de una comunidad, es un criterio que implica una priorización tan histórica y real en cada formación económico-social como falsa en sus argumentos. De ahí que necesite un importante *corpus* argumentativo, no necesariamente explícito, que justifique sus extremos: a saber, la desigualdad genérica, la superioridad natural, la desproporción numérica, la injusticia social. Su elaboración obedece a pre-orientaciones “direccionadas” como arma de estabilidad social y como tales suponen una manipulación en el orden, el tratamiento y los fines de los temas a consagrar. Pero en la historia no existe un sentido temático direccional. Ni existen direcciones obligatorias, ni direcciones en las que no es posible circular. Ordenar el cuerpo social y sus centros de interés desde los privilegiados, estructurar la sociedad desde la riqueza, analizar las estructuras desde lo acontecimental es contribuir nuevamente a una visión de la historia marginal. Dicho de otro modo, la historia marginal sólo existe en la historiografía. La historia no es ni marginal ni esencial. Las jerarquías están en nuestros propios valores y en los de todos los que transmiten los testimonios históricos. Sólo hay una historia, que es la historia total. Y puesto que sabemos que sólo han existido marginaciones cuando ha habido un cúmulo de intereses globales, de igual manera debemos entender que sólo cuando existen esos mismos intereses puede entenderse una historia marginal.

## 8. Agradecimientos.

Me gustaría hacer constar mi sincero agradecimiento a Pepe Ramos que sacó este artículo del menoscabo más infantil adonde en su versión inicial fue condenado hace unos años por un sabio que se negó a leerlo. Pepe me hizo volver a confiar en lo que escribía y en la necesidad de seguirlo intentando incluso estando “fuera” de las instituciones oficialmente legitimadas para escribir la historia. Y a Isabel Cáceres, en cuya compañía este artículo –como cualquier otro- se convirtió en un buen pretexto para hablar de esto que nos apasiona y nos ayuda a superar la rutina diaria de nuestras obligaciones más parcas.

## 9. Notas.

<sup>1</sup> Compruébese al respecto el trato que dan los historiadores de la época a Flaminio, cos. 223 y 217, por haberse atrevido a romper con un derecho adquirido de manera consuetudinaria por la *nobilitas* romana como era disponer libremente del suelo conquistado a los enemigos. Él repartió, sin duda con una actitud populista, el *ager gálico* y el *piceno* entre el pueblo en 232 AC y en parcelas individuales. POL. II 21, 8; III 80, 3 y 5; 82, 2-5; LIV. XXI 63; XXII 1; 3, 4.

<sup>2</sup> Sólo citaremos los argumentos culturales que utilizaron contra ella los romanos como, por ejemplo, la crítica al comercio y a las ciudades que vivían de él. En una pirueta demagógica de alto valor moralizante –con toda la carga de hipocrecía social que está implícita en este tipo de proclamas inflamadas- Cicerón *De Rep.* II, 7, refiriéndose a Cartago, establecía una relación directa entre el comercio, el beneficio, la opulencia, la avaricia y la degeneración de las costumbres. Paralelamente Roma resultaba ser el modelo de la sobriedad, la autosuficiencia, el respeto a la tradición y la armonía social. Sin embargo, la nueva arqueología social no ha tardado mucho en demostrar la falsedad de estos fundamentos de la sociedad romana republicana.



## 10. Bibliografía.

- BARROS, C., 1995: "La Historia que viene". *Historia a debate*, Vol. I (Barros, C., Ed.). Santiago de Compostela, pp. 95-117.
- DUBY, G., 1978: "Historia social e ideología de las sociedades". *Hacer la historia*, vol. I: "Nuevos problemas" (Le Goff, J.- Norá, P., Dir.). Barcelona, pp. 155-177 (160).
- FEBVRE, L., 1970: *Combates por la historia*. Traducción de Ediciones Ariel. Barcelona.
- FINLEY, M.I., 1977: *Uso y abuso de la historia*. Barcelona, pp. 91-113.
- GEREMEK, B., 1993: "Entre lo individual y lo colectivo, ¿historia social o historia moral?". *New History, Nouvelle Histoire. Hacia una nueva historia* (Andrés-Gallego, J., Dir.). Madrid, pp. 83-90.
- HERNÁNDEZ SANDOICA, E, 1995. *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método*. Madrid.
- MONIOT, H., 1978: "La historia de los pueblos sin historia". *Hacer la historia*, vol. I, op. cit., pp. 117-134.
- SCHMITT, J.-C., 1988: "La historia de los marginados". *La nueva historia* (Le Goff-Chartier-Revel, Dir.). Barcelona.
- VALDEÓN BARUQUE, J., 1995. "La historiografía española de finales del siglo XX: miseria de la teoría". *Historia a debate*, vol. I, op. cit., pp. 309-317.
- WACHTEL, N., 1978. "La aculturación". *Hacer la historia*, vol. I, op. cit., pp. 135-156.